El rumor taurino

de Rafael Ramírez Heredia

Hernán Lara Zavala

No cabe duda de que las iluminaciones que le depara a uno la vida responden, por lo general, a un carácter arbitrario y gratuito. Cuenta Rafael Ramírez Heredia que un domingo cuando era más joven se hallaba en casa de sus padres, en compañía de dos amigos, estudiando para un examen de contabilidad cuando luego de varias horas de estudio tratando de cuadrar un balance y hartos de lidiar con los cargos y los abonos de la teoría de la partida doble, decidieron tomar un respiro y largarse a donde fuera para despabilarse y recargar las pilas. Rafael vivía por entonces en la calle de Patricio Sanz, en la colonia del Valle de la ciudad de México. Eran apenas las tres de la tarde y no se les ocurrió otra idea que ir a los toros, ya que la monumental Plaza México quedaba ahí cerquita, en lo que por aquel entonces solía llamarse pomposamente "la ciudad de los deportes" y a la que podían ir tranquilamente caminando. Rafael nunca imaginó lo que aquel receso iba a significar en su vida. Más fuerte que cualquier otra revelación esa primera experiencia de presenciar una corrida de toros lo marcó como Cristo a Saulo en los caminos de Damasco. Después de ese domingo 18 de enero de 1959 nada volvió a ser igual para él. No sólo se hizo aficionado, intentó convertirse en torero, se lanzó muchas veces al ruedo e incluso recibió una cornada que lo mantuvo en cama durante meses. El veneno había surtido ya su efecto y el rumor taurino se había posesionado de él. Rafael amaría la fiesta brava a tal grado de que, de ahí en adelante, contemplaría la vida misma como una imagen de lo que ocurre cuando se enfrentan toro y torero.

El escritor francés Michel Leiris en su libro *La edad de hombre* tiene un capítulo que titula "El escritor (de hecho el autor de autobiografías) como torero" en el cual comenta que cuando él asiste a una corrida se identifica lo mismo con el toro a punto de ser aniquilado que con el matador que arriesga su vida y la posibilidad de ser emasculado en el momento decisivo en el que afirma su virilidad; a partir de esa metáfora hace el parangón para afirmar que, del mismo modo, en la literatura le interesan las obras en las que "los cuernos estén presentes de una u otra forma, donde el autor asuma el riesgo directo de hacer una confesión o de producir un trabajo subversivo, una obra en la que la condición humana se confronte abiertamente o se tome por los cuernos y que presente una concepción del mundo que comprometa o bien al verdugo o bien a la víctima". Y en este breve pero intenso libro Ramírez Heredia adopta una postura semejante y acaso por ello el afortunado título de *Tauromagias* ya que además de los toros trata de las suertes y de las vivencias con las que el mundo taurino ha enriquecido tanto su vida como su visión del mundo.

Tauromagias es un bello libro que intercala dos tipos de textos: unos de carácter abiertamente literario, de altos vuelos líricos de prosa simultáneamente viril y poética en la que el autor narra sus experiencias personales en el campo taurino y otro, de carácter más periodístico, en el que debate, relata, reclama, exalta, rememora, justifica, critica, evoca y juzga a toros, toreros, toreras, empresarios, fiestas, ferias, plazas, usos y costumbres. Ambos son divertidos, amenos, intensos, inteligentes pero yo definitivamente me quedo con los primeros.

El texto titulado "El Faraón", que abre la parte que he llamado lírica, habla de lo que García Lorca definía en el campo de la poesía como "duende" y que en el mundo taurino se denomina "faraón" que, en cierto, modo, representa esa "magia", esa inspiración, esa epifanía que permite detectar el inefable elemento genial en las artes del cante hondo, del tablao y de los toros. Ese texto, lleno de inspiración, será el que ilumine el resto de los relatos y evocaciones, concebidos a veces como estampas, a veces como cuentos breves, a veces como homenajes a la gente que ama la tauromaquia. El siguiente texto se titula "El Faraón y El Turronero" donde aparecen los mismos personajes de "El Faraón" pero que ahora se han trasladado del tablao "El gallo" a una placita de toros en el campo sevillano. Julián, el personaje principal y *alter ego* de Ramírez Heredia, tiene que enfrentarse a un toro de la ganadería Morante. El miedo de enfrentarse al toro es parte del *leit motiv* del libro: se trata de ese miedo natural que tiene que sobreponer el torero a la hora de salir al ruedo y encarar al toro y que Ramírez Heredia describe en los siguientes términos:

> Sí, pero con ese temblor ninguna sensibilidad iba a llegar sino al puro miedo que a

> cada momento era más grande hasta que la primera de las vacas salió al ruedo amarillo, muy amarillo, como si la arena fuera de Alcalá de Guadaira... Entonces, en contra de lo que él mismo sabe y le ha sucedido, el temblor y la taquicardia no se quitaron sino redoblaron sus furores que se hicieron de agua y un leve quejido...

Y entonces viene la revelación pues de súbito aparece en la plaza "El Turronero" que desde un tendido vacío anima a Julián a que le cante al toro y entonces todo se transforma en el interior del torero:

> Y el mexicano cantó, sintió cómo bajaba El Faraón desde algún lugar de la Sierra, de algún recodo profundo de los valles, de los ríos árabes...

Ese tono evocativo, sugerente y poético se mantiene a lo largo de varios textos como "Silverio y la Pachis", "Pamplona", "Don Ernesto era una fiesta"(afectuoso y emotivo homenaje al Viejo), "El Prieto", "Que resople sus pasiones", "En y de Sevilla" y "Las razones y los años". Pero vale la pena hacer notar que los *alter egos* de Ramírez Heredia no salen siempre bien librados. Como en *Tauromagias* falta el sentido del humor, en el cuento titulado "El Prieto", la sensación del miedo que permea todo el libro sale victorioso y logra apoderarse de los dos protagonistas que han emprendido un viaje a Mayanalán, Guerrero, con el propósito expreso de lidiar al legendario "Prieto" que según rezaba la fama, tenía en su haber más de cinco víctimas. Comenta Ramírez Heredia en el "El pasmo de Triana"

> Miedo mucho miedo, porque sólo los locos no tienen miedo.

Pero ese miedo logra contagiarse a los dos protagonistas que perciben que el toro que han ido a lidiar hasta los confines de Mayanalán es un animal amañado y dispuesto a embestir al margen del capote; y entonces el miedo se trepa a la cabeza al recordar:

> Los bufidos del toro y el brillar de sus músculos al aparecer en el ruedo tratando leve sus casi setecientos kilos.

Así que los dos aspirantes a toreros salen despavoridos ante la burla y los escarnios del pueblo que aspiraban mínimamente a presenciar una buena revolcada. De entre esas experiencias de la vida real Rafael logra sacar algunos consejos prácticos como cuando le preguntó a Manolo Rondero, El Viejo, si no sería conveniente echarles un vistazo a los novillos que iban a lidiar aquella tarde, a lo que el maestro respondió secamente:

> Para qué nos vamos a espantar dos veces

Pero *Tauromagias* no es un simple anecdotario sino un libro que refleja toda una visión del mundo a partir de la pasión que el arte taurino ha logrado inculcarle a los personajes tanto como al autor:

> No acepta las medias. Si va a beber hasta el fondo. Si va a querer hasta lo último. Si va a trabajar, debe agotarse. Siempre ha sido así, sólo tiene una vida y hay que comerle la última migaja, hoy, mañana no, mañana está lejos de otros toros deformes, de marilos aullentes...

Los otros capítulos, aquellos que he llamado periodísticos, resultan igualmente apasionados aunque de carácter más discursivo: en ellos surge a cada momento la feroz aversión de Rafael en contra de la ética neoliberal, así como todas las fobias y desacuerdos de las normas del mundo del toro.

Pero ahí radica también parte de las grandes enseñanzas que Rafael ha recibido como aquella clasificación de los toreros que hiciera Jesús Solórzano, dividiéndolos en éticos, estéticos y patéticos, clasificación que no estaría mal para aplicársela a los literatos.

El libro tiene, a mi parecer, otra gran aportación pues además de la presencia recurrente de la jerga taurina los textos se enriquecen de manera sustancial con la mezcolanza de los vocablos vernáculos de México con los de España, lo que le confiere a la prosa de Rafael un toque distintivo e híbrido que le inyecta fuerza y originalidad a su prosa.

Trovas, tablaos, tragos y toros discurren a lo largo de estas 144 páginas escritas frente a la presencia elusiva y contundente del faraón que es quien ilumina y refrenda las magias y tauromagias que en este libro se consignan.

Este texto fue leido en la pasada Feria Internacional del Libro de Guadalajara, como presentación al libro *Tauromagias*, de Rafael Ramírez Heredia, recientemente publicado por la Dirección de Literatura de la UNAM.